

Medianoche

Gaizka Fernández Soldevilla

Medianoche es momento de susurros, de secretos desvelados y sin desvelar, de aquelarres (demonios, brujas, rituales a la luz de la hoguera) y conspiraciones entre las sombras. Los hombres y mujeres decentes, que ya están en la cama, suben las mantas hasta tapar por completo sus cabezas. No están muy seguros de por qué se esconden y, si alguien les preguntase, lo negarían todo desdeñosamente. Supersticiones, dirían. Cuentos infantiles, miedo a lo desconocido, ignorancia, leyendas. No son fantasmas lo que se pasea a medianoche emitiendo siniestros sonidos, sino búhos, murciélagos, ratones o, en el peor de los casos, borrachos. Medianoche no existe, afirmarían. Es solo la hora entre las once y la una de la madrugada, fruto de una división artificial y arbitraria del tiempo, nada más. Un momento del día como otro cualquiera.

Pero los duendes, los espectros, los vampiros o las hechiceras se ríen de la gente de bien. Quizá ellos no sean de este mundo (lo han sospechado más de una vez, pues tienen cierta tendencia a la especulación filosófica y no son del todo estúpidos), pero es indudable que los seres humanos ocasionalmente dudan de su inexistencia. Tal posibilidad es más que suficiente para justificarlos a todos. Soy pensado, *ergo sum*.

A medianoche, sin que nadie lo note, tres antiguos seres mitológicos bordan nuestro destino. A veces paran un momento su labor y, advirtiendo cierto nudo que se ha formado en el tejido, emiten una risa ahogada (¿alegre, triste?, nunca lo sabremos y seguramente sea mejor así). Ese sonido llega cabalgando en el viento o en un rayo de luna hasta nuestros oídos, traspasando muros, persianas, puertas, edredones, mantas y sábanas. Es en ese preciso instante cuando algunos hombres despiertan envueltos en sudor frío, sin saber si lo que acaban de escuchar es el grito de una lechuza, el camión de la basura o el eco de su propio porvenir.

Levántate.

Levántate, vamos. Recuerda lo que te decía tu abuelo. Cada minuto en la cama es un minuto perdido, un momento que jamás podrás recuperar. Levántate ya, tienes que ir al trabajo. Hay facturas que pagar: agua, gas, electricidad, IBI, hipoteca, el plazo del coche, la compra de la semana... Arriba de una vez. Dinero, no puedes vivir sin dinero. No hay futuro posible, no hay vida sin él. Una imagen te asalta, ¿verdad? Tu padre, que empezó a los quince años como peón y se jubiló a los sesenta y cinco como peón. Medio siglo doblando la espalda en la obra hasta deformarla, aguantando los gritos del capataz, ahorrando un sueldo de miseria, acumulando puntos en la Seguridad Social para asegurar su sueño: huir de la asfixiante ciudad que siempre odió y viajar

como las aves (inviernos en Benidorm y veranos en el pueblo). A los sesenta y seis un infarto de corazón terminó con el sueño y con su vida. El pobre viejo (¿todavía te acuerdas de la palidez de su rostro, de su extraña sonrisa como si solo él comprendiera su mala suerte?) nunca vio Benidorm. Pero, ¿a quién le importa? No, no digas que a ti.

Y despierta de una vez.

No viviste la guerra, no luchaste contra la dictadura, no pasaste hambre, ni privaciones, nunca pudiste quejarte. Te dieron oportunidades, techo y comida caliente y una educación decente. Incluso fuiste a la Universidad. Inglés, euskera, algo de alemán: no te entusiasmaban los idiomas, pero al final te los metiste en tu dura cabeza, de la misma manera que habías memorizado la tabla periódica en el instituto, sin pasión, sin fe en su utilidad. Elegiste una carrera con futuro y tu familia estaba orgullosa de ti. Incluso trabajabas los veranos para ayudar en casa. ¿Qué pasó? ¿Qué salió mal?

Da igual, no hay respuestas para todas las preguntas y lo sabes. La única verdad a la que puedes aferrarte es que la noche huye ante la llegada del amanecer. Es la señal a la Humanidad para que empiece la jornada. Es tu deber. Debes, tienes que, has de... levantarte.

Cuando acabaste la carrera llegó la crisis (o acaso nunca se había ido del todo, pardillo) y el mundo ya no tenía necesidad de peritos, licenciados o doctores. Un master te pagaste de tu propio bolsillo, es cierto. No quisiste rendirte ante la evidencia. A pesar de no haber luchado contra la dictadura, a pesar de no haber pasado la guerra, aún quedaba en ti algo de fuerza de voluntad, como si no pertenecieras a la apática generación en la que te han encuadrado. Iluso, te llegaste a creer mejor que los demás.

Déjalo, no merece la pena. No puedes martirizarte pensando en lo que podría haber sido en una coyuntura distinta. Quizá todo estaba escrito desde el principio de los tiempos. Quizá fue cosa del azar. O quizás te lo mereces.

Levántate, no seas estúpido. Abre las persianas y deja que los primeros rayos de sol disipen los últimos jirones de tus pesadillas... y de tus sueños. Porque tus sueños, tus ilusiones perdidas, te hacen daño, ¿verdad? No tienes el trabajo para el que estudiaste, no tienes a la mujer que amabas a tu lado (la tuviste, es cierto, durante dos años y un día, pero no volverá), tampoco has experimentado la paternidad. Probablemente un hijo te hubiera dado fuerzas para seguir, pero solo te queda un cactus en la mesa del salón, nada más. No tienes dinero, solo el suficiente para vivir, comprar cosas que no necesitas y emborracharte algún sábado que otro con la vieja cuadrilla: hombres-niño que se sienten tan fracasados como tú, pero que viven la ilusión de que están donde querían estar. O eso dicen a la quinta copa. Te parece patético, pero posiblemente te estés diciendo la misma mentira a ti mismo, por dentro, en silencio, aunque no lo reconozcas.

Levántate, abre los ojos, despierta. El mundo no será mejor que ayer, tu vida no habrá

cambiado. Pero es lo único que tienes, así que... levántate. Todavía no te has ganado el derecho a descansar.

“Casi ochocientos cuerpos para poco más de una docena de almas” solía bromear el antiguo párroco del pueblo cuando se quedaba a solas con el campanero. Una vez José, que hacía de monaguillo, escuchó el jocoso comentario mientras limpiaba el altar y corrió muy preocupado a buscar a sus amigos. La noticia de que solo doce escogidos en todo el pueblo poseían alma cayó como una bomba entre el grupo de niños, pues estaba claro que, como advirtió Tomás, los seiscientos y pico vecinos restantes estaban condenados al infierno (las matemáticas nunca serían lo suyo y eso adujo, años más tarde, cuando le acusaron de defraudar medio millón de euros a Hacienda en una de las urbanizaciones que había construido).

Era importante saber quienes eran los elegidos. José argumentó (muy razonablemente) que el cura, el campanero y él mismo, como servidores de Dios, debían estar en la lista. Todos estuvieron de acuerdo. David, popularmente conocido como *el Animal*, sumó su nombre por el simple motivo de que les sacaba una cabeza al resto de sus amigos. A los ojos de un chaval de nueve años ese era un argumento muy convincente. Mikel, que nunca había ido a misa (ni siquiera sabía de qué iba exactamente asunto tan esotérico), no se preocupó por la cuestión, pero, dando muestras de una filantropía que le iba a acompañar el resto de su vida, rogó que añadieran a su gata *Zuri*, que era muy buena. Sus amigos, varios de los cuales tenían en su propio cuerpo muestras de las virtudes del susodicho felino (arañazos y un pequeño mordisco en el caso del *Animal*), se negaron en redondo.

El alcalde también debía tener alma, decidieron. Sus padres no podían ser tan ignorantes como para votar a un desalmado. ¿O lo eran? Y el cartero, que nunca extraviaba las postales (por desgracia, tampoco las facturas) y a veces, cuando estaba de humor (es decir, cuando había almorcado en líquido en el bar), les contaba historias de cómo cazaba lobos en su juventud, cuando todavía quedaban lobos que cazar. Sí, el cartero también había de salvarse.

Quedaban seis huecos, seis renglones en blanco esperando un nombre.

Los taberneros quedaban descartados, porque se negaban a servirles vino como a los mayores. ¡Cómo si ellos fueran unos niñatos! El maestro tampoco, ya que tenía la fea costumbre de utilizar su regla de una manera poco ortodoxa. Además nadie le había visto en misa jamás, ni siquiera cuando había que comer (bodas, bautizos, comuniones) o llorar (funerales). ¿Sus padres? Imposible. Les regañaban, les prohibían todo lo divertido, les obligaban a lavarse, a comportarse... a aburrirse.

Dieron un paseo en bici por las afueras y pararon en uno de los prados vacíos. Por el camino pasó un vecino en un carro seguido cansinamente por cinco vacas. Con un lento movimiento de la

mano les saludó mientras vigilaba el paso de sus animales. En otras circunstancias el gesto les hubiera parecido indiferente, pero en esos momentos Javi lo tomó como una revelación.

-Ese también –dijo.

¿Y por qué no?, pensaron los otros. Era simpático, así que se merecía ir al cielo.

Después de una hora de discusiones, risas y peleas, solo habían descubierto el nombre de ocho de los doce elegidos. Ángel repasó la lista e hizo un asombroso descubrimiento, del que apenas un minuto después se arrepentiría.

-¿Os habéis dado cuenta de que no hay ninguna chica? Yo creo que deberíamos meter alguna.

Al *Animal*, que por algo se había ganado el mote y que era un misógino feroz (por descontado, su odio tenía un motivo secreto: el verano anterior una prima lejana le había roto el corazón al negarle un beso), no le gustó mucho la idea, así que le acusó de ser un “marica”. Ángel objetó que lo realmente sospechoso era imaginarse un paraíso sin presencia femenina. Sus palabras provocaron un aullido y una patada del *Animal*, que obligaron a la inmediata retractación de Ángel. El *Animal* había vencido con un solo golpe, restableciendo el orden natural de las cosas (su primacía), así que se mostró generoso.

-Pero que sea solo una, ¿eh?

Se pasaron diez minutos buscando una candidata, hasta que Pau, el *Catalán* (la inventiva nunca fue el fuerte de las gentes del pueblo), reveló un secreto que propició un voto unánime a favor de su tía Humberta como única representante del género femenino en la lista. Al parecer, la mujer era tan beata que no solo asistía a misa todos los domingos y fiestas de guardar, sino que había muchos días en los que iba a cenar a casa del cura, y no volvía a la suya hasta la mañana siguiente. Debían pasarse toda la noche rezando, pensaron los niños. Tamaña religiosidad demostraba a ciencia cierta que la tía Humberta contaba con alma. Solo años después se darían cuenta de lo que en realidad significaba la historia del *Catalán*, pero, para entonces, sus dos protagonistas ya se habían fugado de la localidad.

Cuando los niños llegaron a sus casas esa noche, sucias las camisetas y los pantalones cortos (verdín, barro, grasa de las bicicletas), sus caras reflejaban una extraña sonrisa que ni las amenazas de sus padres, algunas incluso llevadas a la práctica, consiguieron borrar. Porque solo ellos conocían la sorprendente, fantástica, extraordinaria verdad. El cura se había equivocado en sus cálculos. En el pueblo no había doce almas.

Como mucho, eran nueve.

Zax_27: Ahora vienes todos los días, no?

Lorea_23: Nunca me ha gustado el chat, la verdad. Pero desde q...

Zax_27: Q?

MaSac: UIIIII, AKI UELE A BODA!!!!!!!!!!!!!! ;-)

Zax_27: Pasemos a un privado, vale?

Zax_27: Lorea, estás ahí?

Zax_27: LOREA???

Lorea_23: Perdona... Es q no sé cómo decírtelo.

Zax_27: Llevamos casi tres meses hablando. Conozco toda tu vida, a tus amigos, tu familia, tengo tu foto, así q no te andes ahora con remilgos, vale?

Lorea_23: Necesito verte.

Zax_27: J

Dos años y un día después de esa primera cita algo se rompió, ¿verdad? Fueron tiempos felices. ¿Los mejores años de tu vida? Incluso cantabas en la ducha. El mundo parecía de otro color, sobre todo al principio. Natalia (ni se llamaba Lorea ni tenía veintitrés, así como tú, Ángel, todavía no habías cumplido los veintisiete) no era la chica más guapa, ni la más inteligente, y tal vez solo fuera especial para ti. Pero era *tu* chica, y con eso bastaba, con eso sobraba.

Y al final... el tedio, la monotonía, el aburrimiento lo invadió todo. Pasó lo que jurasteis que nunca iba a pasar. ¿Se rompió el amor de tanto usarlo o no seguiste las instrucciones? ¿Cómo fue? ¿Qué ocurrió? Ella te dejó o tú la dejaste a ella, no lo tienes claro. No quieres tenerlo claro. Pero tenía que suceder. Todo lo que empieza acaba: el amor, un cigarrillo, el día, la noche, el verano, un paquete de pipas...

Entonces, ¿por qué todavía, cuando te levantas, miras el lado derecho de la cama, a pesar de saber que ella no volverá allí? ¿Por qué lloraste el otro día al amanecer? ¿Por qué no quieres levantarte hoy? ¿Qué has enterrado en tu memoria, Ángel?

Oscuridad. Lluvia. Frío. El limpiaparabrisas funciona como un loco. Fris-fras, fris-fras. Miro el reloj. 23:58. Es muy tarde. Debí haber salido antes del pueblo. Aún queda media hora hasta la ciudad. ¿Cuántas horas llevo en la carretera? Demasiadas. Los párpados pesan. Frío. La calefacción no funciona, dice alguien a mi derecha. Se espera una ola de frío esta noche, anuncia la radio. Mierda, pienso yo.

Cuarta. Aprieto el acelerador. Embrague y quinta. Tengo que hacerlo. No pasa casi nadie por la carretera. Solo alguna polilla que se estampa contra el cristal. Plof. Fris-fras, el limpiaparabrisas se deshace de los cadáveres dejando un reguero parduzco. Menos mal que la lluvia lo limpia todo. Frío, mucho frío. Un coche se cruza. Quitar largas, poner largas.

Fris-fras, fris-fras. Una curva cerrada, anuncia la señal. Lluvia, frío, oscuridad. 130 km/h.

Freno, freno, freno. Las ruedas patinan. Un gritito histérico a mi derecha. No pasa nada, me defiendo, molesto. No es más que... Las ruedas siguen patinando. Pierdo el control. He frenado demasiado. Fris-fras. El capó atraviesa el quitamiedos. Gritos. Sus gritos, mis gritos. Volar entre la lluvia y el frío. Los faros iluminan la noche. Mi cerebro imagina una inmensa polilla estampándose contra el cristal. Fris-fras. Chocar, dolor, cristales rotos, ruido, sangre. Por un extraño motivo, y antes de que todo se apague, escucho una lejana risita. Y después, oscuridad.

El campanario de la iglesia del pueblo tenía en su parte central, a unos seis metros de altura, un gran boquete del tamaño de un neumático de coche. Entre los lugareños corrían distintas leyendas intentando explicar este hecho, pero la más difundida era la de la batalla. Se contaba que a principios del siglo XVII lo que allí había no era un hermoso pero vulgar villorrio rodeado de mar, huertas y pastizales, sino uno de los centros neurálgicos de la comarca, con palacios, un imponente ayuntamiento, cuatro conventos y un concurrido puerto. Las mercancías de las Indias (quizá no del todo legalmente) entraban y salían de allí para distribuirse por toda Europa. Eso fue lo que suscitó la envidia de los extranjeros, que un mal día decidieron destruir esa villa costera que tanto dañaba su propio comercio.

Enviaron una expedición de castigo. Cinco barcos repletos de sanguinarios soldados, según los más realistas, casi cincuenta, según don Tomás Oceja, un erudito local que había publicado una monografía sobre el tema (harto discutida entre el gremio de historiadores, todo sea dicho). En su opinión, los extranjeros atacaron la localidad a traición, al alba, y destruyeron los palacios, el imponente ayuntamiento, tres de los cuatro conventos y el puerto. La importante ciudad comercial sufrió desde entonces una ineludible decadencia. Mercaderes dejaron su lugar a labriegos y marinos a pescadores, que posteriormente serían sustituidos por domingueros y veraneantes.

Pero lo curioso, lo más curioso de todo, es que nadie estaba seguro de la procedencia de los maldecidos extranjeros. Los miembros de las clases altas, los únicos que sabían que el mundo era un poco más grande que la comarca, y quizás tenían nociones de otros idiomas, huyeron en cuanto las velas del enemigo fueron avistadas, así que en la villa solo quedó el pueblo llano, que bastante tuvo con ser asesinado, violado o saqueado, en el mejor de los casos, como para preguntarse si los gritos de aquellos invasores tenían acento de Ámsterdam, París o Londres.

El origen de los niños marcaba su punto de vista sobre dicho asunto. Así, invariablemente, los del barrio alto defendían la tesis holandesa, los del centro la francesa y aquellos criados en los viejos muelles seguían la anglosajona. Los veraneantes sensatos se adscribían a la corriente del lugar donde se ubicaba su casa. Los debates solían acabar en discusiones y estas a veces devenían en peleas, que, en el primario mundo de los chavales, zanjaban el dilema por un mínimo de cinco o seis días. Habitualmente vencían los anglófilos del puerto, ayudados por la fuerza bruta del *Animal*.

Pasados unos años desde la famosa elaboración de la lista, Ángel (la casa de su abuelo estaba en la plaza, frente al ayuntamiento, en el centro mismo del pueblo), que, a los dieciséis años ya destacaba por sus buenas notas en el instituto, puso en duda todas esas leyendas. Como si recitara la lección, afirmó que probablemente, si es que el agujero se debía a un cañonazo, a lo sumo sería de cuando Napoleón o de la Guerra civil. De ser anterior, lo hubieran reparado hace siglos.

-Maldito *mariquita* francés –se sulfuró el *Animal* levantándose de un salto. Su cuerpo se había desarrollado mucho, pero su personalidad parecía anclada (felizmente anclada, por otra parte) en la infancia.

Con toda la tranquilidad del mundo, Ángel se acercó a él y sin mediar palabra le soltó un puñetazo en la mandíbula que, tras un tambaleo indeciso, dio con el *Animal* en el suelo. Todos se miraron sorprendidos (sobre todo el protagonista de la historia, que no sabía muy bien de dónde había sacado el valor para hacer aquello, excepto de la certeza de que debía hacerlo). Tumbado sobre la grava, el *Animal* se frotó la cara, que se le había puesto roja como un tomate. Cuando todos creían que iba a levantarse en busca de venganza, se echó a reír. Sus carcajadas se escucharon desde la otra punta de la población.

-Menudo disparo. Sin duda, el cañón era francés –admitió de buena gana. A partir de aquel día el *Animal* apparentó ser un poco menos animal. Al cabo de unos años aprobó las oposiciones a policía (eso sí, a la tercera) y terminó encauzando su agresividad natural como antidisturbios.

Despierta, hijo, despierta. Tienes que intentarlo, por favor. No puedes seguir así eternamente.
Despierta...

Aún recuerdas el sol saliendo por el horizonte mientras dabas una calada a un cigarrillo, ¿verdad? En tu mente se dibuja el paisaje: los montes, al fondo del valle, cubiertos de robles y jirones de niebla, los prados que rodean el pueblo (algunas vacas, un par de caballos y el burro *Kiko* asomando la cabeza en el corral del padre de Carlitos), las huertas, quizás un invernadero... ¿Cómo están las mazorcas? ¿Verdes, o empiezan a amarilllear, como los haces de paja que se guardan para el invierno? Los pájaros cantan, ¿no es cierto? Pero llevan ya un par de horas haciéndolo. Ahora el primer gallo les acompaña, y después otro, y otro, queriendo competir por el papel protagonista de ese mundo cerrado que tanto amas. Te arrepientes de no haber estudiado Biología o Veterinaria, porque te encantaría conocer el nombre de las distintas plantas, de los árboles, o saber distinguir a las aves por sus trinos. Pero da igual, ser un espectador ya es suficiente para ti.

Alguien respira profundamente a tu lado. Se ha dormido, ¿a que sí? Has intentado mantenerla toda la noche despierta a base de besos, café, cigarrillos y anécdotas de tu infancia, pero

no ha podido resistir más. Piensas en despertarla para que pueda ver aquello a tu lado, pero algo en su cara te lo impide. No eres capaz de perturbarla. La quieres, o crees que la quieres o quizás solo quieras creer que la quieres. ¿Qué más da?, piensas. Más tarde la llevarás en brazos a la cama y te acurrucarás en el lado izquierdo, esperando que despierte para poder volver a besarla. Hoy es vuestro aniversario. Dos años juntos.

Aspiras. Estás tan lejos del humo, del ruido, del asfalto, de los gritos, de los edificios grises y los pájaros de metal, del trabajo que odias, de los centros comerciales, de las facturas y los plazos, de los vecinos del quinto, tan lejos... Y tan cerca de la felicidad, que casi puedes rozarla con la punta de los dedos. Miras otra vez mientras apuras tu última calada y concluyes, aunque quizás no seas capaz de retener ese delicioso pensamiento más que unos segundos, que este momento lo justifica todo: tu vida, tu esfuerzo, tus desilusiones. Que, sabiendo que puedes volver aquí con ella de vez en cuando, todo lo demás carece de importancia. Sonrías y es como si lo hicieras por primera vez.

Sigue sonriendo, Ángel, la ignorancia es la madre de la felicidad, o eso dicen. Enciende otro cigarrillo, si lo prefieres. Mañana a las nueve menos cuarto saldréis del pueblo en coche de vuelta a vuestras monótonas vidas en la ciudad. Será una mala noche y una pésima carretera (oscuridad, lluvia, frío), pero tú eres un buen conductor y lo sabes. Tal vez te sobrevaloras... Acelerarás un poco más y luego pisarás el freno. El asfalto mojado de una curva cerrada ya se encargará de hacer el resto. Será medianoche cuando ella muera por tu culpa (dos años y un día después de vuestro primer encuentro), cuando las Parcas rían con tristeza, porque la vuestra podía haber llegado a ser una bonita, aunque corriente, historia de amor.

Acaricia lentamente los cabellos de Natalia, hazlo sin miedo, aprovecha hasta el último segundo, disfruta lentamente de sus rasgos, bésala una y otra vez, porque mañana será imposible. Hoy es su último día y tú sigues sonriendo sin sospechar que la mano que coge su mano es la mano de su asesino.

¿Querrás despertar ahora, Ángel, ahora que lo sabes todo?